

Kissinger dan a entender que la ayuda militar podría seguirles llegando por vías indirectas que burlasen el veto del Congreso. Pero la sensación de que la vieja fidelidad

atlántica, aun en los peores momentos, no encuentra recompensa, es profunda; como las burlas que les llegan desde Atenas. Los griegos se sienten felices y regocijados.

## Eritrea, al rojo vivo

● La gran prueba de la revolución etíope está ahí: Eritrea quiere ser independiente y, además, ahora. No ha habido compás de espera para la consolidación del nuevo régimen etíope. Los nacionalistas han lanzado su gran ofensiva militar y diplomática aprovechando el momento más favorable. La guerra amenaza en eternizarse en una operación de exterminio, en tanto no se avengan las partes a un arreglo que no puede ser liquidado por las armas.

Son trece años de insurrección armada del Frente de Liberación de Eritrea (FLE). Y la aparición de un nuevo movimiento, más radical, el Frente Popular de Liberación, anterior a los meses de descomposición del régimen imperial.

A principios de este año, el Gobierno militar decidió negociar con los nacionalistas. Pero la independencia, para unos no negociable, es punto de partida para los otros. Fracasó el intento y el Gobierno decidió aplicar mano dura. Error trágico, máxime cuando Addis Abeba sabe que no hay solución militar posible.

¿Qué otra solución cabía? Los eritreos se saben apoyados y disponen de fuerza suficiente para impedir una rápida respuesta etíope. La unificación del frente guerrillero ha facilitado la guerra, que es total en estos momentos. El Gobierno no controla ni el territorio ni la ofensiva militar. No puede haber victoria de ningún lado.

Situación imprevisible, desesperada. En la capital etíope se suponía a la lucha eritrea como oposición feroz al feudalismo imperial. Y se esperaba que el «giro socialista» invalidara esta lucha sin tregua. Por esto, la guerra en Eritrea se considera «injusta» y se tiende a calificar a los guerrilleros de delincuentes y rebeldes. Mal que bien, se trata de un nacionalismo intransigente. Y éste es mal enemigo.

La actual Eritrea, con una superficie de 120.000 kilómetros cuadrados constituye una región muy diversa, tanto geográfica como cultural e históricamente. En primer lugar, la cota —1.000 kilómetros— del mar Rojo ha sido el paso de pueblos y civilizaciones entre los lados asiático y africano de este mar. También es la región que soportó los primeros intentos colonialistas europeos del siglo pasado (Italia se asentó en Massawa en 1869). La región sudeste es un desierto, habitado por unos miles de danhakils y sahos, musulmanes. Al sur de Karen, en las altas mesetas, viven tribus tigrayas cristianas. Finalmente, la zona noroeste, en los límites con el Sudán, está habitada por nómadas, islamizados en 1820.

En la actualidad, de una población total de unos tres millones de habitantes, se puede decir que pertenecen a cada una de las dos religiones, cristiana y musulmana, casi la mitad. Pero la historia no ha sido, en absoluto, común.

El «sentimiento nacional» eritreo nace, unido a la oposición anti-amhara del reino periférico de Tigré y se refuerza durante la ocupación italiana.

No parecen muy consistentes las pretensiones independentistas de Eritrea. Sobre todo a la luz de la situación actual en Etiopía. Hay que pensar que este conflicto deteriora vertiginosamente la imagen del régimen militar y que éste intentará por todos los medios darle fin.

De tener éxito la secesión eritrea, inmediatamente experimentaría un fuerte impulso el separatismo tigraya. Los motivos serían casi idénticos a los expuestos por Eritrea. Históricamente, la rivalidad entre Shoa y Tigré ha llenado gran parte del devenir político en Abisinia. Incluso parece existir ya un Frente de Liberación de Tigré. El antiguo gobernador, Ras Mengesha, se ha unido a los guerrilleros eritreos, sin duda esperando beneficiarse del posible éxito de la separación.

También el ex gobernador de Bagemder ha establecido alianza con el FLE. La secesión de Eritrea provocaría un estallido múltiple de guerrillas separatistas, como revancha contra el secular sometimiento del poder imperial.

No puede haber solución sin federación pactada. Incluso el Territorio Francés de los Afars e Issas (Djibuti) podría sentirse atraído por la eventual Etiopía federal, ya que parece ser inminente el abandono de la administración francesa y no está resultando muy atractiva la unión con Somalia.

Aunque el 60 por 100 del comercio exterior etíope se realiza por Djibuti (carretera y ferrocarril), Eritrea supone toda la fachada de Etiopía en el mar Rojo; toda su salida al mar. Esto hace asemejarse el problema a los cosas Biafra, Katanga..., donde una región privilegiada, con mayor o menor motivo histórico, se decidía por la separación unilateral.

La peor consecuencia de una posible guerra mantenida en el estancamiento sería la división entre las Fuerzas Armadas etíopes y una verdadera guerra civil. Sería el fin del intento socialista, ya iniciado por el Dirghe. Buena parte de los oficiales son eritreos. El jefe de la Policía de Eritrea también se unió a la rebelión. Si este ejemplo cundiese en el Ejército, quedaría malograda la esperanza abierta por los militares.

P. COSTA MORATA

## El Congreso Socialista de Pau

PARIS.—Eran la mala conciencia de Mitterrand: denunciaban las «tentaciones centristas» del PS; defendían la unión de la izquierda, reconociendo que en la dirección del partido había aún nostálgicos de la colaboración con el poder, como en tiempos de Guy Mollet; eran «intolerantes», según François Mitterrand, pues imponían períodos probatorios a los adherentes para evitar infiltraciones. Los miembros del CERES, ala izquierda del PS, han sido eliminados de la dirección de este partido en el reciente Congreso de Pau. El CERES ha seguido una suerte parecida a la del grupo de Manuel Serra en Portugal (aunque la salida de éstos del partido de Soares fue voluntaria, y el CERES sólo ha sido excluido de la dirección), provocando un deslizamiento a la derecha del PS, que señalan tanto «L'Humanité» como «Le Quotidien de Paris» o «Témoignage Chrétien».

El CERES, cuyas principales locomotoras eran J. P. Chevenement, Didier Motchane y Georges Sarre, había votado decisivamente en el Congreso de Epinay en favor de Mitterrand, y gracias a ellos pudo éste alcanzar la dirección del partido. En un congreso posterior, los trataba de «verdaderos burguesitos», hasta la exclusión de la semana pasada, «porque su comportamiento era inadmisible», como explicó el presidente del partido socialista.

Es difícil conocer las razones que le llevaron a separarse de una corriente que representaba el 25 por ciento de los mandatos, y que le había aportado gran número de adherentes. El CERES fue quien más se benefició —numéricamente— de la dinámica de la unión de la izquierda; no ha dejado de reclamar la aplicación de esta política, y su exclusión parece confirmar los temores de los comunistas, a saber, que el PS está dispuesto a colaborar con la burguesía.

Es probable que Mitterrand los haya excluido pensando que la po-

lémica con el PC va a durar aún tiempo, y no quería tener una quinta columna en su dirección; posible también que Mitterrand haya temido que la creciente influencia del CERES en la dirección acabara por minar su autoridad, y quiso atajar a tiempo esta eventualidad, colocando en la dirección casi exclusivamente a amigos personales suyos, procedentes de su antiguo partido Convención Republicana.

Se dice que sondeos de opinión efectuados por el partido socialista indican que éste podría tener el 34 por 100 de votos en una consulta electoral y que —conclusión de la dirección— podrían acceder al poder únicamente con la suma de los votos de los radicales de izquierda, excluyendo a los comunistas; se comenta también que nadie cree ya que la izquierda pueda alcanzar el poder en Francia en un futuro previsible. Hubiera podido suceder en la última elección: los franceses querían acabar con el gaullismo, y era razonable esperar que ofreciendo un frente unido y con un programa serio, el cambio se hiciera en favor de la izquierda. El razonamiento era justo, puesto que los partidos de izquierda, unidos, llegaron al 49 por 100 de votos en la presidencial. Pero ahora, muerto el gaullismo, y con la derecha inteligente sólidamente instalada, ya no se puede esperar ningún deseo de ruptura que pueda vencer ese fatídico 2 por 100 que le faltó a la izquierda hace diez meses. Por ello (dicen que piensan los socialistas), es hora de ir revisando las alianzas, y los más centristas de ellos no excluyen la posibilidad de que de seguir creciendo la rivalidad entre el UDR y los Republicanos Independientes, y si sigue subiendo el prestigio de Jacques Chirac y menguando el de Poniatowski, sean llamados por Giscard d'Estaing para sustituir al UDR en la alianza presidencial.

RAMON CHAO

## Atención a Poniatowski

● Poniatowski, el «Príncipe», la eminencia gris tras de Giscard d'Estaing, parece muy interesado en teñir de negro el traje reformista que su Presidente de la República quiere poner a Francia. Sus declaraciones son siempre explosivas y ruidas. Así lo fueron, hace poco, los insultos que dirigió al partido comunista. Y así son, ahora, las precisiones que hace, en tanto que ministro del Interior, acerca del papel de la policía en la sociedad francesa. «Ponia» ha elegido uno de los raros momentos en que hay calma social en Francia, el que no existen manifestaciones, atentados ni huelgas, para anunciar que su policía está dispuesta a no respetar los viejos terrenos sagrados de la Universidad y la

Iglesia. La ruptura del recinto universitario fue ya realizada en 1968, pero en aquel momento había una revolución estudiantil, juvenil, en el país; no se ha vuelto a perpetrar. Las iglesias no han sido alcanzadas todavía.

Sobre esta base, Poniatowski ha ido más lejos. Según él, los jueces son demasiado benévolo. «Los policías se quejan del exceso de clemencia de los jueces; yo, también». Inquietud en el Palacio de Justicia. El sindicato de magistrados responde rápidamente: «No se trata de un punto de vista nuevo —dice—, sino de una actitud tradicional de los ministros del Interior. No hay de qué asustarse. Son observaciones que no resultan sorprendentes por parte de

un ministro del Interior que no hace más que entonar el punto de vista de sus servicios, a los cuales debe insuflar un espíritu de combate. Pero ese punto de vista no puede coincidir con el del ministro de Justicia.

No conforme con la resonancia de estas declaraciones, Poniatowski añade una tercera: la defensa de la pena de muerte. La pena de muerte no está abolida en Francia, pero se aplica en escasísimas ocasiones, y hay un movimiento muy fuerte para su abolición definitiva. La defensa de la pena de muerte hecha por un

ministro del Interior causa sobresaltos en una opinión pública abolicionista.

Atención a Poniatowski: muchos le consideran como el futuro «hombre fuerte» del régimen. En caso de agudización de la crisis y de los conflictos sociales, podría ser llamado al cargo de primer ministro, sucediendo a Chirac, y el Presidente de la República podría cederle un gran número de poderes. Podría ser uno de los gobernantes de la extrema derecha que se diese Occidente en caso de contracciones políticas graves. ■

## «Cartier y el cartierismo»

● Raymond Cartier, que acaba de fallecer en París, inventó un modelo de periodismo que hizo la fortuna del semanario «Paris-Match»: una especie de relatos visuales, con detalles minuciosos de tipo accidental —la tapicería de un tresillo sobre el que se celebraba una entrevista histórica, los mue-

un equipo de reporteros que obtenían los datos que luego él analizaba, completaba, escribía. Una gran información brotaba de sus escritos. Pero también un aura conservadora. Partidario decidido de los Estados Unidos, donde residió muchos años, puso al servicio de éstos toda su maquinaria informativa y literaria. Sus reportajes sobre América Latina, reunidos luego en libro, son un modelo de periodismo informativo y al mismo tiempo de servicio a una política. Conservador a ultranza, todos sus productos tuvieron siempre una misma finalidad.

Raymond Cartier legó a la política un término: el «cartierismo». Consistió en la negativa de ayuda a los países subdesarrollados, en un momento en que la tendencia filantrópica mundial consideraba esa ayuda como básica en política y humanitaria en grado sumo. El «cartierismo» consistía en explicar el mal uso del dinero enviado por Estados Unidos y por Francia —especialmente por Francia— a los países recién salidos de la independencia: según su serie de artículos aparecidos en «Paris-Match», ese dinero se perdía en gastos administrativos excesivos, construcciones dispendiosas que no respondían a las necesidades reales, promoción de técnicos y profesionales que luego iban a ejercer su carrera a países más desarrollados. El «cartierismo» encontró algún apoyo desde la izquierda por parte del profesor René Dumont, que consideraba que concretamente África había iniciado mal el camino de la independencia, y también de Edouard Bonnefous en su libro «Les Milliards qui s'envoient»; pero en general fue objeto de fortísimos ataques y de acusaciones de colonialismo, de egoísmo. En política, dentro de Francia, «cartierismo» es sinónimo de egoísmo.

Su moda periodística fue borrándose poco a poco. «Paris-Match» fue lentamente descendiendo de tirada, y podría calcularse que hoy estaba por debajo de la mitad de lo que estuvo en sus buenos tiempos. Fue también apartándose de Raymond Cartier y su estilo en busca de nuevos estímulos para el lector. Raymond Cartier ha muerto sobrepasado por los tiempos. ■



Raymond Cartier.

bles de un salón, etcétera— con la intención de enfrentarse con la concurrencia que hacían los sistemas audiovisuales a la prensa escrita. Una selección minuciosa de fotografías —«Paris-Match» desecha un promedio de cien por cada una que publica— ofrecían al lector-espectador la imagen única, seleccionada, evitándole la molestia de tener que seleccionar por sí mismo el «momento» de un largo reportaje de televisión.

Naturalmente había algo más. Había una información detallada y minuciosa. Raymond Cartier no era un periodista-escritor al estilo europeo, al estilo antiguo de Jack London o Paul Morand: tenía a su disposición

## Margaret Thatcher, la ninfa conservadora

● Las mujeres británicas están satisfechas de que en el año internacional de la mujer sea una mujer la que haya tomado la delantera en las elecciones del partido conservador, Margaret Thatcher podría ser el primer ministro en la oposición si la favorecieran las votaciones del segundo turno (las votaciones se producen precisamente en el lapso entre la escritura de estas líneas y su publicación). Por primera vez en la historia una mujer llega a una posición semejante: el país que tiene una Reina y que ha tenido brillantes y dominadoras Reinas en su historia no podría oponerse por razones sexistas.

Margaret Thatcher tiene cuarenta y nueve años, procede de la clase media comerciante, ha estudiado química y derecho, pero ha escogido este último para su carrera, especializada en temas fiscales. Miembro del Parlamento a los treinta años, ha ido ascendiendo en el seno de los gobiernos conservadores hasta ser ministro de Educación, en 1970. Perteneció a la línea de la derecha de su partido y lo demostró en su ministerio al aumentar los precios de los comedores escolares,

suprimir la distribución gratuita de leche y oponerse a la «escuela única» en la enseñanza secundaria.

Pero más que el ascenso, notable, de la señora Thatcher, resulta noticia la caída de Heath. El primer ministro —en el poder o en la oposición— que ha llenado la actualidad británica durante diez años, no sólo ha perdido su puesto, sino posiblemente su carrera. En el primer turno electoral se quedó con 119 votos, frente a los 130 de la señora Thatcher. Ha recogido así los amargos frutos de los errores cometidos durante su ministerio, de la pérdida de dos elecciones generales consecutivas y de la falta de brío para conducir la oposición. Heath no ha querido acudir a la segunda vuelta. Ha dimitido antes de ser dimitido.

Pero, ¿cuándo habrá un gobierno conservador? Las dos elecciones del año pasado parecen haber demostrado que, por ahora, los conservadores están en minoría en la nación: las rupturas y las escisiones dentro del partido son una consecuencia de ello y, al mismo tiempo, aumentan sus dificultades ante unas elecciones generales futuras. ■

## Operación Portugal

● El «Times», de Nueva York, fue el primero en publicar la noticia: la Unión Soviética había solicitado de Portugal una base pesquera en su costa para albergar sus navíos que faenan en el Atlántico. Una noticia escandalosa. Los Estados Unidos, la OTAN, claman ya a la inversión de alianzas, precisamente mientras sus soldados —marines— desembarcan en Portugal, sus aviones sobrevuelan el territorio y las costas portuguesas y patrullan sus navíos en unas grandes maniobras. Una noticia inmediatamente útil para la «Operación Portugal» lanzada y sostenida por toda la derecha del mundo. Portugal desmiente oficialmente la noticia, e incluso se anula el viaje que el ministro de Pesca de la URSS iba a hacer a Portugal. Pero el «Times» insiste: La noticia es cierta y procede de «fuentes del propio Gobierno». O miente el informador, o mienten sus fuentes, o hay en el Gobierno portugués quienes ayudan a sostener la campaña internacional que no cesa un solo día.

Sólo que al insistir en su veracidad, el «Times» dice que es posible que Moscú abandone el proyecto por el mismo hecho de haber sido ya publicado. ¿Es que Moscú y Lisboa pensaban instalar la base en se-

creto? ¿Es que no sabían cuál iba a ser la repercusión internacional?

Por otra parte, ¿una base pesquera es algo tan grave como para que la OTAN se contraiga de pavor y la Europa Occidental advierta a Portugal del peligro que supone? Sí, porque «como se sabe», los barcos pesqueros soviéticos no pescan en realidad o lo hacen como pretexto: en realidad son «barcos-espía». Y porque los soviéticos inician sus bases como pesqueras y terminan convirtiéndolas en militares: Cuba, Guinea, Mauricio... ¿Y España? España tiene bases pesqueras soviéticas en Canarias. ¿Alberga así barcos-espía o permite su conversión en bases militares? El «Times» no se detiene ante esta objeción: En efecto, en la Isla de Alborán, cerca de Málaga, los buques soviéticos fondean y tienen instalaciones propias.

Todo esto es, parece, un montaje. La noticia puede muy bien haber salido de Lisboa, y si no de fuentes oficiales, de fuentes efectivamente muy próximas al Gobierno. Pero de fuentes que tratan de manipular de esta manera su situación interior y hacer ver al mundo cuál es «el peligro comunista», y al Movimiento de Fuerzas Armadas, cuáles son las reacciones mundiales ante un posible «desliz» portugués. ■